

Memorias de un cantor

R.I.
Santiago

Roberto Parra Sandoval, la muerte lo sorprendió en un período luminoso. Antes del estreno de *La negra Ester* en enero de este año (dos funciones

que se ofrecieron a su beneficio en la Estación Mapocho), había iniciado una serie de proyectos que iban desde la recreación de su jazz huachaca con músicos de formación académica (un sueño largamente acariciado), hasta el montaje de *El desquite* y la grabación de un documental sobre su vida en San Antonio, Valparaíso y Santiago.

El puerto

"El 29 de junio/
en el Hospital San
Bernardo
cayó abajo las alforjas/
donde Clara Sandoval/
se nace este negro surreal/
debajo de una mata de
arroz"

Así inició el mismo Roberto Parra que le dejó de iniciar su historia. Parte de una de las más famosas tamlas de artistas chilenos ("Fuimos once hijos de dos padres. Los Parra fuimos nueve"), el poeta y cantor popular estuvo cuatro años en la escuela, pero lo abandonó sólo con segundo año de preparatoria.

"No me la podía. Era loco todo, puro jugar. Nunca salí de la fila de los fijos y cuando salí, ya llevaba la debilidad por las mujeres, desde cabrito chico. A los nueve años me enamoré de una negra que no se me ha olvidado hasta el día de hoy. Creo que esa fue la negra Ester que encontré después".

A los 16 hizo su primera guitarra, después haría de todo: cuidador de cementerio, leñador, acarreador de viandas a la cárcel, lustrador, suplementero, zapatero, tenderón, vendedor de castañas, enferrador, pintor, obrero portuario, ayudante de mecánico. "Y por los 30 años, músico tocando en las casas de putas, que después se llamaron cabarets".

Después de una vida azarosa que recorrió todos los límites de la popularidad y los bajos fondos, Parra pareció sentar cabeza en su matrimonio con Catalina Rojas, en el nacimiento de sus dos hijos y en el nacimiento de lo que comenzó a ser su familia. "Hace años que soy choro cabaretero. Ya no salgo a la huella como antes...".

Así, empezó a escribir cuando era viejo. El impulso se lo dio su hermano—padre Nicanor, quien le regalaba libros y le podía: "Escribe tu vida, Roberto".

Y el "tío" Roberto tardó en hacerle caso en sus portos amor en el tugurio Las Luces del Puerto:

"Yo no vivo de fantasías, sólo escribo cosas que formaron parte de mi vida", declaró el poeta y cantor popular en relación al éxito de "La negra Ester". Nacido el 29 de junio de 1921 en el Hospital San Borja de la capital, Roberto Parra pasó su infancia y juventud en las tierras de Chillán. Ese es el período que de alguna manera está registrado en "El desquite" y su alegoría del campo chileno.



Roberto Parra comenzó a escribir cuando ya estaba viejo. El mérito le corresponde a su hermano—padre Nicanor, quien siempre le regalaba libros y le podía: "Escribe tu vida, Roberto".

"Ese fue un chiripazo. Habían pasado varios años de esta historia cuando un día, sin saber siquiera cómo se escribían las letras de las cuecas, tomé un lápiz y empecé a intentar hacer algo. Me vino a la mente la negra y los versos los fui dedicando a ella. Pero los papeles andaban por toda la casa; fue mi esposa, la Catita, la que con paciencia los recogió y guardó".

Una vez que el material diseminado en cajones y baulines fue recopilado, Parra le pidió la opinión a su hermano Nicanor: "Un gran poema, pero hay que astorillarlo". Y de tanto astorillar salió a la luz el libro *Décimas de la negra Ester*, uno de los pocos que publicó en forma artesanal. Entre ellos se cuentan *Zafra*, un drama en versos octosílabos; el cuento *Entre luce y ocotillo*; *La Carmela güena gente*, que se editó en Lima; y *Las cuecas del Tío Roberto*, con la letra de 26 cuecas choras y de *La cueca larga de las flores*.

Sus propias palabras traducían la tranquilidad y el regocijo que le producía esta nueva etapa de su vida: "Ahora tengo una muerbería y sígo siendo poeta popular, con más enjundia que nunca, después de haber dado a luz *Entre luce y*

cachayuyo, *Las cuecas del Tío Roberto*, *Zafra*, *La Carmela güena gente* y tantas otras obritas", declaró.

Obritas como las décimas dedicadas a la negra Ester, que convertidas en obra de teatro con la colaboración de Andrés Pérez, marcaron su estreno como dramaturgo el 9 de diciembre de 1988, en Puente Alto, con el elenco del Gran Circo Teatro: María Izquierdo, Rosa Ramírez, Boris Quercia, Alejandro Ramos, María José Núñez, Ximena Rivas, Aldo Parodi, Willy Semler, Pachy Torrealba, Horacio Videla y los músicos Alvaro Henríquez, Guillermo Arte y Jorge Lobos.

A todas las funciones asistió doborbio, viéndolo su terno y mirando tranquilamente hacia el escenario. Tendía que subir y tocar la guitarra con Alvarito (Alvaro Henríquez, de Los Tres), decía para explicar su vestimenta. La misma que usó para acompañar al elenco cuando la obra itineró por Europa, gastando el diez por ciento que le correspondía de la entrada bruta (el no era invitado oficial).

Chillán Viejo

Además, poco antes de fallecer,

Parra reconoció que le costó volver a escribir después del prolongado y bullicioso éxito de *La negra Ester*. Un éxito que incluso le llevó a construir recelos: "Ningún dramaturgo me tiene buena".

Escrito bajo la forma de drama en prosa poética, *El desquite* se presentó al mismo Parra: "No sé de dónde diablos saqué esta historia tan bonita y tan campesina", aseguró. Las referencias a su anterior texto eran inevitables, pero las diferencias no sólo estaban en el género literario, sino que también abarcaban sutilezas más cercanas a lo dramaturgico.

La nueva pieza no sólo se acercaba a lo popular, sino que también tenía mucho de amor y muerte: "Como debe ser", y como lo tenía claro el mismo Shakespeare. "Mire usted *Romeo y Julieta*, amor y muerte".

Junto con los manuscritos y el empuje, Parra habría entregado a Alvaro Henríquez una partitura muy antigua de música folclórica que él conservaba. El tío Roberto estaba muy animado: "Y Andrés volvió de Alemania especialmente para hacerse cargo de la obra", comentó orgulloso.

La muerte

Frete a su lápida y a *El desquite* en el escenario, la sabiduría popular parece residir en la figura de Roberto

Parra como un legado: "Hay cosas tan lindas en este mundo que estoy contentado de haber nacido y haberlo conocido. Poco importa si una resucita, qué más regalo que la vida se puede recibir? Todo es nada y nada es todo, por eso digo que tiene que haber algo por lo que suceden las cosas".

Ese algo aún no está claro, aunque puede vislumbrarse en sus escritos fechados en marzo de este año, que serían la última cueca chora escrita por él y parte del material inédito que incluiría la antología de sus obras que se encuentra recopilando su viuda, Catalina Rojas.

"Yo no le temo a la muerte/
año mi particular.
Más le temo al Padre Santo/
las cuentas que voy a dar.
Me voy arroyando/
prendan las luces/
el diablo es pelota vendiendo
cruces.
Vendiendo cruces, mi alma/
dijo mi yerno/
llene agua vendida/
para el infierno.
Se abrieron las puertas/
sin rendir cuentas."